

*ala delta*

Javier SEBASTIÁN  
Ana Isabel G. LARTITEGUI

# EL FANTASMA CATAPLASMA



se

¿Te gustaría celebrar tu cumpleaños en un castillo? ¿A que sí? Pero ¿y si no fuera nadie? El fantasma Cataplasma tampoco quiere estar solo. Escribe a su amigo Zuca «el Arañas» y juntos salen a navegar. Porque debes de saber que antes de ser fantasmas fueron piratas muy famosos.



Javier Sebastián Luengo

# **El fantasma Cataplasma**

ePub r1.5

**javinintendero 09.10.14**

Título original: *El fantasma Cataplasma*

Autor: Javier Sebastián Luengo, 1988

Ilustración: Ana G. Lartitegui

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.0

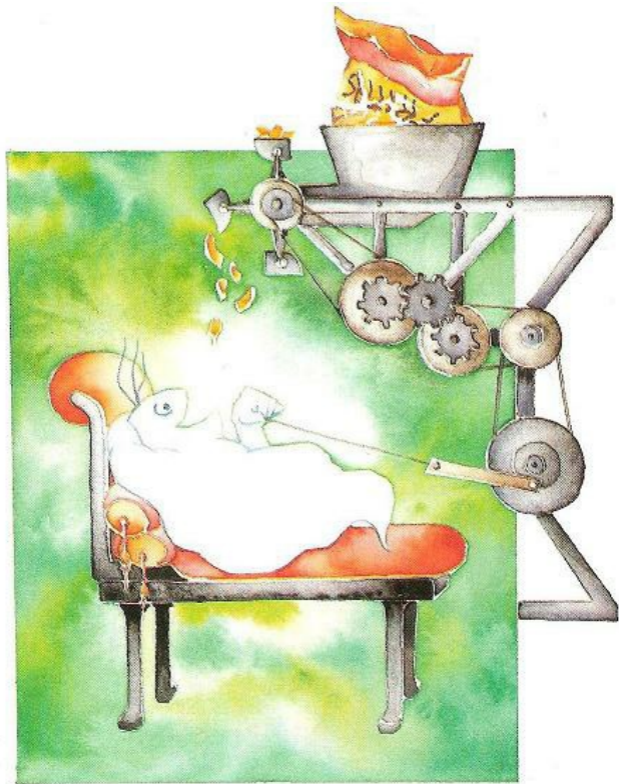


# El rey se va

El fantasma Cataplasma tenía los ojos azules y tres pelos tiesos que no se los podía peinar.

Lo de los ojos era porque había sido pirata y se le habían puesto así de ver tantísimo mar.

Los tres pelos tiesos eran lo único que le quedaba después de montones de batallas.



Tuvo ocho novias muy guapas y llegó a encontrar varios tesoros.

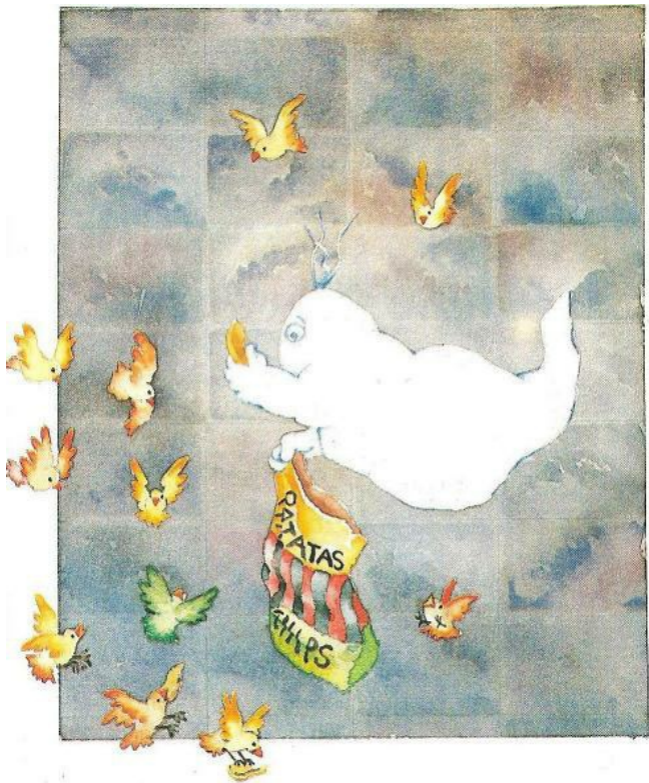


Pero ahora ya no le hacía falta todo aquello porque se había convertido en un fantasma.

Sólo pensaba en las patatas de bolsa.

Su comida favorita.





El fantasma Cataplasma vivía en un castillo enorme y muy antiguo que había sido de un rey. El rey se llamaba Calixto.

Un día llegaron al castillo unos comediantes que sabían mucho de magia. Los trucos de los comediantes le gustaron tanto al rey Calixto que acabó tirando la corona por el balcón. Se vistió de arlequín y se fue con ellos a América.

Desde entonces, el fantasma Cataplasma hacía lo que quería en el castillo: bailaba tangos con las armaduras, llenaba la bañera

de naranjada y criaba canarios de colorines en el salón del trono.

Se lo pasaba tan bien que a veces se creía que se iba a volver medio majareta.

Cuando cumplió ocho años como fantasma, decidió celebrarlo por todo lo alto.

Compró chocolatinas, ganchitos con sabor a queso, palomitas, salchichón y muchísimos paquetes familiares de patatas fritas. ¡Qué ricas!

A eso de las seis de la tarde, se subió encima de la mesa y gritó:

—¡Que empiece la fiesta!

El fantasma Cataplasma se remangó la sábana, que es como si fuera el uniforme de todos los fantasmas del mundo, y se puso a bailar. Le encantaban las canciones de los tomates «Ye-Yé».

Como ya no vivía el rey en el castillo, podía poner el tocadiscos a todo volumen.

Era divertidísimo.

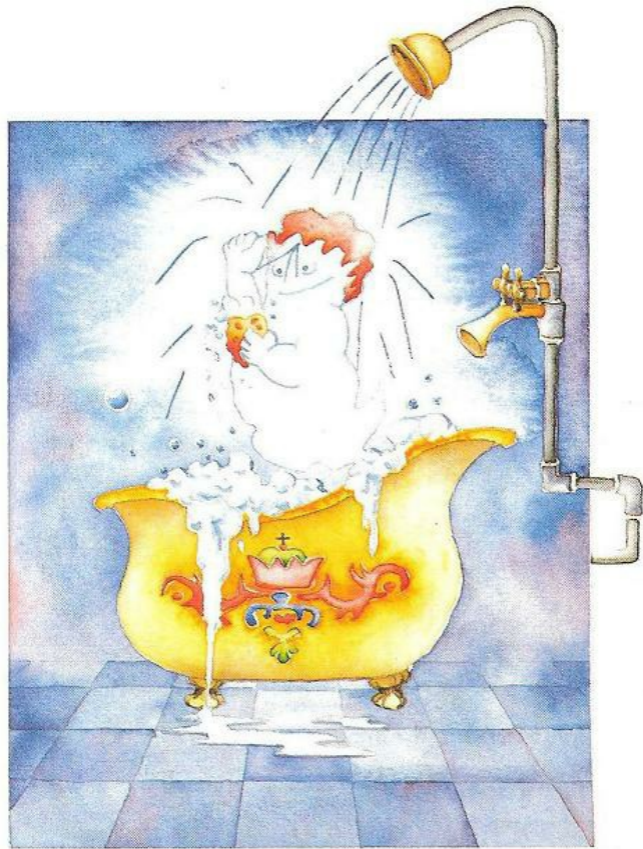
Pero al rato ya no podía más. Era demasiada merienda para él solo y, además, le sobraba la mitad de la naranjada. Lo peor de todo era que no tenía con quién bailar.

—¡Ya está! ¡Mañana, sin falta, le escribiré una carta a mi amigo Luca «El Arañas» para invitarle a mi castillo! ¡Antes de ser fantasma fue el pirata más famoso de Portugal! —pensó.

# La gran idea de Zuca

## «El Arañas»

Al día siguiente, el fantasma Cataplasma se levantó temprano. Se dio una buena ducha en la bañera del rey Calixto, desayunó leche con galletas y se puso a escribir la carta.



**Decía así:**

«Querido Luca “El Arañas”: ¿Qué tal te va por tu castillo de los Banderines? Ayer fue mi cumpleaños y me lo pasé bastante bien, pero al final me entraron unas ganas locas de hablar con alguien. ¿Por qué no te vienes a mi castillo a pasar las vacaciones de verano?

El

fantasma



Cataplasma».



Después de echar la carta en un

buzón, el fantasma Cataplasma se pasó todo el día recogiendo juguetes y limpiando el salón del trono.

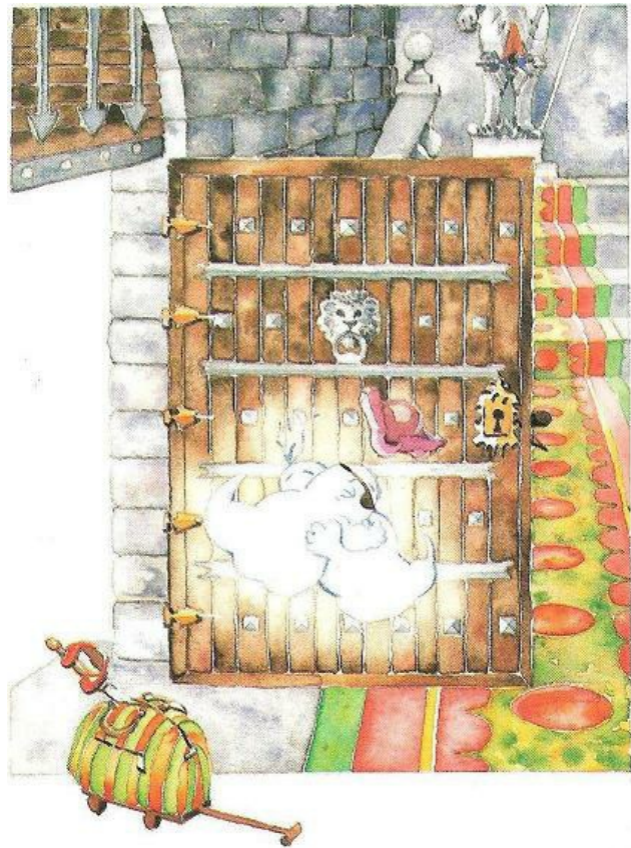
Al atardecer oyó una voz que le llamaba desde el jardín.

—¡Cataplasma!

¡Cataplasma! ¿Dónde estás? —  
decía la voz.

¡Era Zuca «El Arañas»! ¡Y además había venido con su mascota, que era una araña andaluza!

Bajó corriendo las escaleras, abrió la puerta del castillo y se dieron un abrazo muy gordo.



Juntos habían navegado por todos los mares del mundo.

Después de una comilona tremenda, los dos fantasmas hablaron de miles de cosas. El fantasma Cataplasma le contó a Zuca que, desde que se había ido el rey Calixto, se lo pasaba muy bien. Hacía lo que quería.

Pero a veces le echaba en falta. ¡Qué pena que el rey Calixto se hubiera ido con los comediantes a América!



—¡No te preocupes! ¡Tengo una idea buenísima! ¿Qué te parece si construimos un

barco y nos hacemos otra vez a la mar? —le dijo Zuca “El Arañas”.

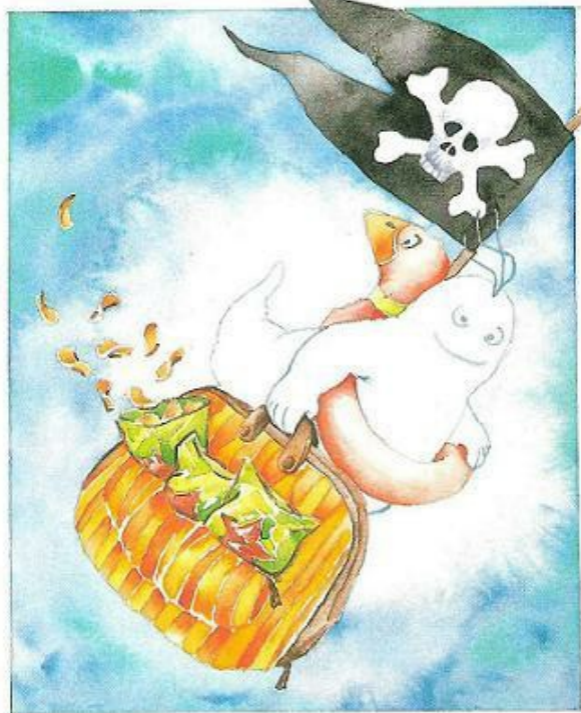
—¡Vale! ¡Volveremos a encontrar sardinas y a buscar tesoros! —respondió el fantasma Cataplasma.

# ¡Viva la vida de los piratas!

El fantasma Cataplasma y su amigo Zuca «El Arañas» tardaron siete días en construir un barco magnífico en el jardín del castillo.

No le faltaba de nada. Tenía velas para el viento, un timón en forma de rueda y un ancla que pesaba una barbaridad.

Arriba del todo, en lo más alto del mástil, pusieron una bandera de las que dan miedo. ¡Vaya barco que se habían hecho!





Mientras, Arañita de Sevilla bailaba flamenco como una loca.

—¡Olé! ¡Olé! —gritaba todo el día la mascota de Zuca «El Arañas»—. ¡Ozú que *volvemo a la má!*

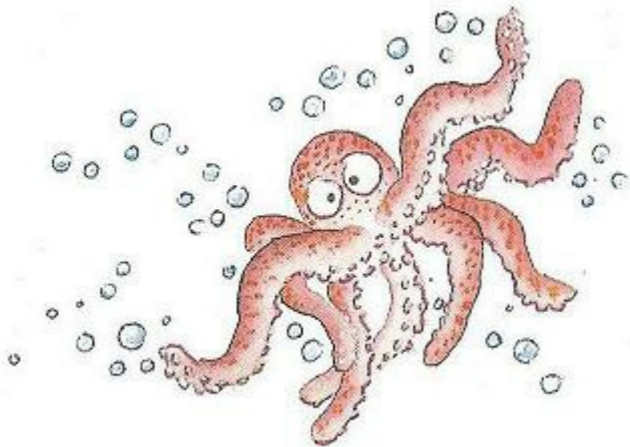
Y así fue. Antes de irse del castillo, el fantasma Cataplasma abrió las ventanas del salón del trono para que se fueran todos los canarios.

Luego hizo la maleta. Metió un par de calcetines, el cepillo de dientes y un flotador. Lo demás eran paquetes de patatas fritas. Montones de paquetes.

Por fin botaron el barco.

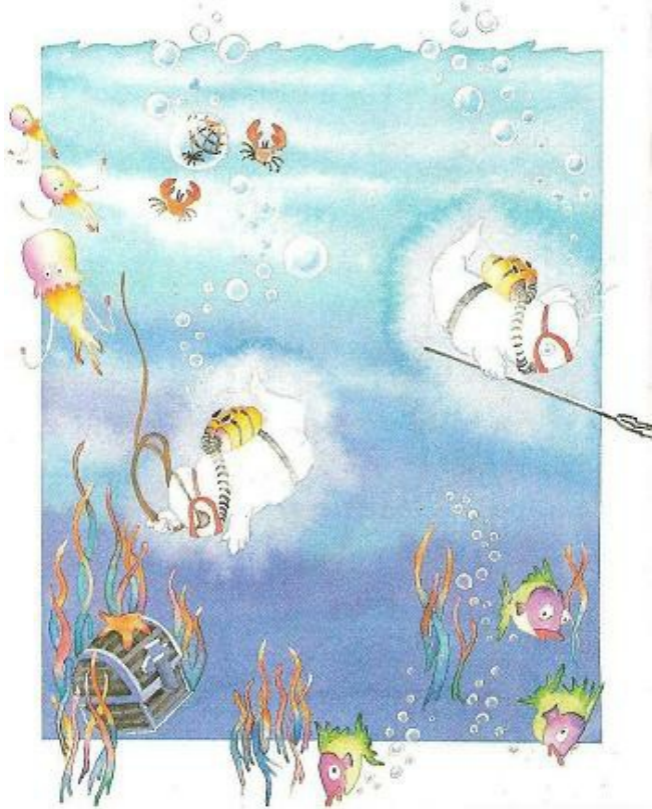
Lo llamaron «Bicho de

Mar», porque tenía una forma un poco rara. ¡Pero iba a ser la sensación de los mares! ¡Ojalá lo hubiera visto el rey Calixeto!



Aquello era lo más divertido del

mundo.



Por las mañanas pescaban sardinas y pulpos. Por las tardes buscaban tesoros. En la isla de los Cocos, por ejemplo, encontraron un cofre lleno de esmeraldas.

Otro día, nada más amanecer, descubrieron un saco lleno de oro en la playa de las Tortugas Azules.

Los otros piratas decían que Cataplasma y Zuca eran unos piratas muy raros.

Parecía que iban en camisón porque siempre iban vestidos con sábanas blancas.

Pero el fantasma Cataplasma y Zuca «El Arañas» no les hacían ni caso.

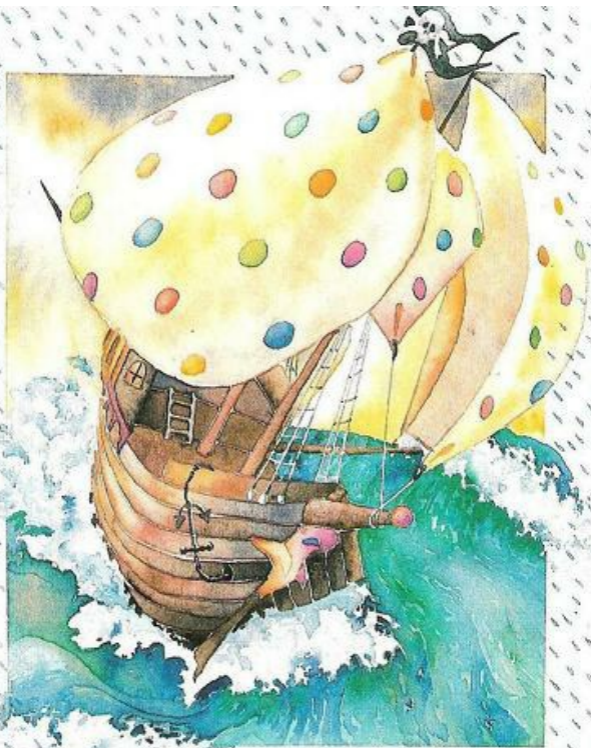
# La tempestad

En el mar también hay tormentas. Se levanta un viento terrible y las olas crecen muchísimo.

Un día el cielo se nubló de repente. Cuando menos se lo esperaban, el mar empezó a moverse como si estuviera bailando un vals.

El fantasma Cataplasma y Zuca «El Arañas» abrieron sus paraguas.

Pero como si nada, a los cinco minutos estaban muertos de miedo porque «Bicho de Mar», que era el barco, se estaba llenando de agua.

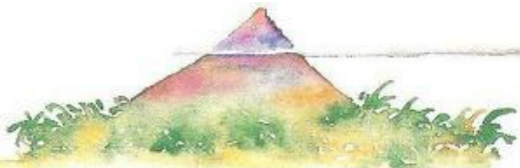


—¡Ay, mamáíta, mamáíta! —gritaban los tres al compás de cada ola—. ¡Aaaaaaaay! ¡Aaaaaaaay!

Después de un rato larguísimo de vaivén, el mar se quedó quieto.







Pero, a todo esto: ¿dónde estaban?  
¿En qué mar les había dejado la tormenta?

Zuca «El Arañas»  
sacó el catalejo  
que le había regalado su tía Conchita.  
Era largo y de color plata.  
Con él se podía ver más lejos  
que con ningún otro catalejo.

- ¡Mira!

¡Allá veo una playa!

¡Vamos!

-dijo Zuca.

La playa estaba llena de palmeras, pero no había gente por ningún sitio.

Después de media hora de andar por la playa, vieron un cartel muy grande clavado en la arena. Se echaron a correr para ver qué ponía. Al llegar al cartel leyeron:

«Está usted en América.»

—¡América! ¡Hemos

llegado a América! —gritó el fantasma Cataplasma.

El fantasma Cataplasma se puso muy contento.

—¡A lo mejor nos encontramos con el rey

Calixeto! —dijo mirando a Zuca “El Arañas”.





# ¿Quién toca esa música?

Aquella noche durmieron de maravilla. Al amanecer, una música muy rara les despertó. Se oían cascabeles, panderetas, guitarras, que se iban acercando a la playa.



—¡Luca! ¡Despierta! ¿Oyes eso? ¿Será alguna tribu que nos quiere guisar con patatas? —dijo el fantasma Cataplasma.

Los dos fantasmas y la araña se escondieron detrás de unas palmeras. La música se oía cada vez más cerca. El fantasma Cataplasma y Zuca «El Arañas» empezaron a temblar de miedo.

—¡Ozú! ¡Yo me voy a mi caza! — gritó Arañita de Sevilla.

Tres pasos. Dos pasos. Un paso. Ya casi estaban ahí...

Pero...

¡Menuda sorpresa se dio el fantasma Cataplasma al ver quiénes eran los que hacían esa música!

¡Casi se cae de espaldas! Eran nada

menos que el rey Calixto y sus amigos,  
los comediantes.

Iban tan contentos. Recitaban versos  
en sus carretas. Ensayaban nuevas  
comedias y discurrían trucos de magia.

El fantasma Cataplasma salió de  
entre las palmeras.

—¡Rey Calixto! ¡Rey  
Calixto! ¡Majestad, soy yo!  
¡Soy el fantasma Cataplasma!  
—gritó.





De repente, a los comediantes se les pusieron los pelos de punta y se echaron a correr.

—¡Mirad! ¡Un fantasma! —dijo

Juanillo, que era el que mejor hacía las piruetas sobre el escenario—.  
¡Mamáaaaaaaaaa!



Hasta la cabra Manuela, que era una cabra muy vieja que hacía equilibrios, se puso a correr como un cohete.

El fantasma Cataplasma y el rey

Calixto se alegraron muchísimo de verse.

En seguida empezaron a contarse las batallitas. Los dos se lo habían pasado muy bien, pero a veces se echaban en falta.

—¡Mira, Cataplasma!  
¡Mañana volveremos al castillo y te enseñaré todos los trucos que me sé! —dijo el rey Calixto.

Justo entonces, el fantasma Cataplasma se acordó de su amigo Zuca «El Arañas» y de su mascota, Arañita de Sevilla.

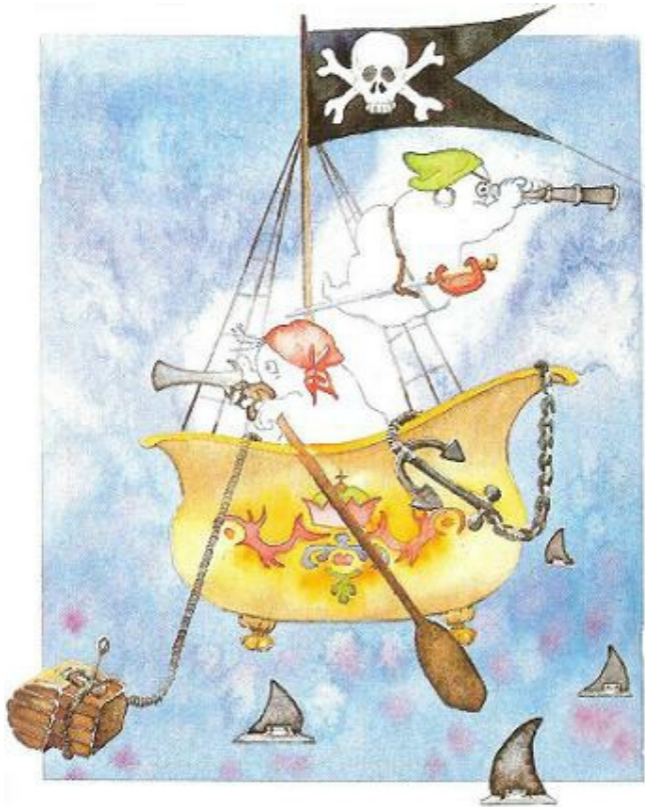
—¡Majestad! ¡Es que..., es que yo...! ¡Bueno! ¡Es que yo tengo dos amigos! ¿Podrían venir a vivir con nosotros en el castillo? ¿Podrían? —dijo el fantasma Cataplasma haciéndose el remolón.

—¡Claro que sí! —respondió el rey Calixto.

Zuca «El Arañas» y Arañita de Sevilla salieron de su escondite muy sonrientes. Hicieron un gran saludo al rey Calixto.



—¡Olé! ¡Olé! —dijo Arañita de Sevilla—. ¡Qué rey *má zimpático*!



Cuando llegaron al castillo, decidieron organizarse. Por las mañanas, el fantasma Cataplasma y Zuca «El Arañas» jugaban a piratas en la bañera del rey Calixto. Allí no había tempestades, menos mal.

Por las tardes, nada más merendar, el rey Calixto entretenía a los fantasmas con sus trucos de magia. Sabía sacar burros de una caja de cerillas y encender la luz del castillo con un silbido.

Los domingos, Arañita de Sevilla bajaba de su telaraña y se iba con el rey y los fantasmas a pescar al río.

¡Eso sí que era un jaleo  
de castillo!

